

Una vida miserable

Un día como cualquiera –si hubiera sido un día como cualquiera no estuviera contando esto en primer lugar- desperté con ganas de cambiar algo, todos los días había sido lo mismo, exactamente lo mismo, ya llevaba un buen tiempo siguiendo la misma rutina:

Abría los ojos como cualquier otra persona y me sentía miserable por tener que levantarme a las 6 de la mañana para asistir a un colegio las próximas 6 horas del día. Por fingir muchas veces prestar atención a maestros con sus aburridas clases y sus constantes palabras acerca de nuestro futuro. Aceptar 20 minutos de receso que, descartando el tiempo que toma comprar la comida entre todo el tumulto de personas que se hacen llamar estudiantes, sólo restan menos de 10 minutos para comer, y, cuando te dispones a dar tu próximo bocado, suena el timbre. Luego, ir al hogar en un bus donde la mayoría de veces toca ir de pie entre los demás cuerpos de personas apretados. Al llegar, en lugar de descansar, tener que cumplir con todos los deberes que han dejado. Menuda tontería, ¿no se supone que salimos de la escuela para no saber nada más de ella por el resto del día? Y lo peor de todo, es que esto se repite, cinco días a la semana, por 200 días al año.

Definitivamente, una vida miserable.

O al menos eso creía.

Porque ese día, lejos de sentirme miserable, me sentí profundamente afortunada, ¿quieren saber la razón? No respondan, de igual forma se las diré.

Vi a mí alrededor.

Exacto, así de sencillo.

Esta vez, camino a casa, en lugar de enfocarme en lo incómoda que me encontraba en el transporte público, me detuve a observar a los demás, pero no a personas con situaciones similares a la mía, que se sienten miserables por pertenecer a la misma sociedad y a la misma rutina.

Hoy vi más allá. ¿Qué hay de las personas que fueron rechazadas? ¿Qué hay de esas almas que en lugar de pertenecer a un hogar, fueron expulsadas de él?

Vendedores ambulantes, usualmente gente mayor, abandonados por los hijos que alguna vez cuidaron. Niños, que no conocen otra realidad más que la de despertar para ir a vender cualquier cosa vistiendo nada más que harapos. Adolescentes, que tomaron malas

decisiones y ahora pagan con trucos y acrobacias en los semáforos en espera de unos míseros centavos. O qué tal, aquellas madres solteras abandonadas por la familia y el que creían era el amor de su vida para ahora vender su cuerpo en busca de no dejar morir a la criatura que tienen en casa.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al observar lo que mis ojos, cegados por el egoísmo, se negaban a ver. No saben cuán patética me sentí por considerarme, alguna vez, una persona miserable.

Pues luego de analizarlo, comprendí que me sentí miserable por despertarme temprano, cuando hay personas que duermen con miedo a no despertar; me sentí miserable por asistir a un colegio, cuando muchos se mueren por tener una pizca de conocimiento. Me sentía miserable por hacer fila al momento de comer, cuando hay gente que apenas y logran considerar esa acción como una parte de su vida; miserable por ir apretada en un bus, mientras hay humanos que pasan todos los días soportando los rayos del ardiente sol. Me sentí tonta por alguna vez suponer, que el llegar a casa a hacer deberes era un martirio, cuando existen personas que ni siquiera pueden contar con un techo.

A diferencia de otros días, me sentí afortunada.

-Luttien